

OCTUBRE-DICIEMBRE 1988

Chasqui

Revista Latinoamericana de Comunicación

ESTA EDICION DE CHASQUI
CIRCULO EN MAYO DE 1989

COMUNICACION Y DEUDA EXTERNA

6

Los comunicadores, periodistas y científicos sociales, tienen que entender que la Deuda Externa, es más devastadora que 100 hiroshimas. Deben tomar partido y salir en defensa de los pueblos del Tercer Mundo.

Eric Calcagno, UNICEF, Fernando Reyes Matta, Fausto Jaramillo, Gino Lofredo

PERIODISMO Y ESTABILIDAD DEMOCRATICA

38

Los periodistas, dueños de medios de comunicación, el Estado y el pueblo, deben defender "sus" frágiles democracias, debilitadas por la Deuda Externa. Democracia y libertad de prensa son uno y lo mismo —no deben claudicar—.

Luis Maira, Roberto Savio, Emilio Filippi, Enriqueta Cabrera, Luis E. Proaño



COMUNICACION, CRISIS Y DESASTRES NATURALES

54

Esta es una área inexplorada para los comunicadores y periodistas, a pesar de que centenares de cataclismos de todo tipo barren el planeta año tras año. La información preventiva, y la movilización, son campos de la comunicación social.

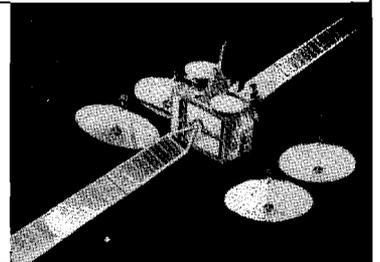
Doug Newson, CHASQUI, Pablo Portales

LOS SATELITES EN LA COMUNICACION

68

La era de los satélites es hoy. Y no tenemos políticas adecuadas para aprovechar esta nueva avalancha tecnológica que nos ha tomado de sorpresa. Ponernos al día no debe ser una utopía, sino una necesidad.

Daniel Cohen, Leonardo Ferreira y Bella Mody, John Mayo, Carlos Bianchi



ENTREVISTA A ROBERTO SAVIO *Juan Braun* 35
CARRERAS DE COMUNICACION *Eduardo Vizer* 84

NOTICIAS 2
ACTIVIDADES DE CIESPAL 4
LIBROS 91

Carta del editor

Deuda Externa y Comunicación es uno de los temas más difíciles de investigar, porque ha sido ignorado, no existe. Los comunicadores sociales, los periodistas y las organizaciones tercermundistas, no se han "enganchado" en lo que el Padre Vives, venezolano, llama la "Guerra de la Deuda Externa". Una guerra que ya hemos perdido. Durante una década, las transnacionales del Norte, ayudadas "desde adentro", han vaciado impunemente a nuestros países. Como consecuencia, día a día tenemos más pobres-pobres y nuestras democracias muestran síntomas alarmantes de agotamiento.

La intención de CHASQUI es lograr que los colegas pongan "pied a terre", reflexionen y vuelquen sus ener-

gías al estudio y la difusión de un tema que nos ha robado el presente, y la mitad de nuestro futuro.

Estamos en la "era de los satélites" y del "Global Village" de McLuhan. Los países de la región deben desarrollar sus políticas y sus satélites, para no perder su soberanía y su independencia.

El 16 de marzo de 1989, el Dr. Luis E. Proaño, Director de CIESPAL, y el Canciller del Ecuador, Dr. Diego Cordovez, firmaron un importante acuerdo de cooperación técnica, en reconocimiento a la tarea que cumple CIESPAL en América Latina.

Bien. Muy bien. Y un aplauso.

Juan Braun

DIRECTOR: Luis E. Proaño. **EDITOR:** Juan Braun. **DIRECTOR DE PUBLICACIONES:** Jorge Mantilla Jarrín. **ASISTENTE DE EDICION:** Wilman Sánchez. **COMPOSICION:** Martha Rodríguez. **DISEÑO:** Fernando Rivadeneira. **PORTADA:** Edwin Rivadeneira. **IMPRESO:** Editorial QUIPUS. **COMITE EDITORIAL EJECUTIVO:** Asdrúbal de la Torre, Peter Schenkel, Edgar Jaramillo, Fausto Jaramillo, Gloria Dávila, Andrés León. **CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL:** Luis

Beltrán (Bolivia); Gian Calvi (Brasil); Reinhard Keune (Alemania Federal); Humberto López López (Colombia); Francisco Prieto (México); Daniel Prieto (Argentina); Máximo Simpson (Argentina); Diego Echeverría (Chile). **Chasqui** es una publicación de CIESPAL que se edita con la colaboración de la Fundación Friedrich Ebert de Alemania Federal. Apartado 584, Quito-Ecuador. Teléfonos: 540-881. Telex: 22474 CIESPAL ED. - FAX (593-2) 524-177.

Noticias y catástrofes

Las catástrofes naturales muestran las características de un pueblo. Una conmiseración emerge en los que no han sido afectados y están distantes de la zona del desastre. En el área damnificada aparecen muestras de coraje insospechados. Una conmoción desata la liberación de energías, abundantes en humanidad, adormiladas cuando la vida aparenta normalidad.

También, las catástrofes demuestran los avances, estancamientos o retrocesos de la calidad de vida en una sociedad. Los terremotos, las inundaciones o las sequías suceden debido a causas que el hombre no controla; no obstante, los daños que generan no son siempre los mismos en todas partes, ni en todo momento.

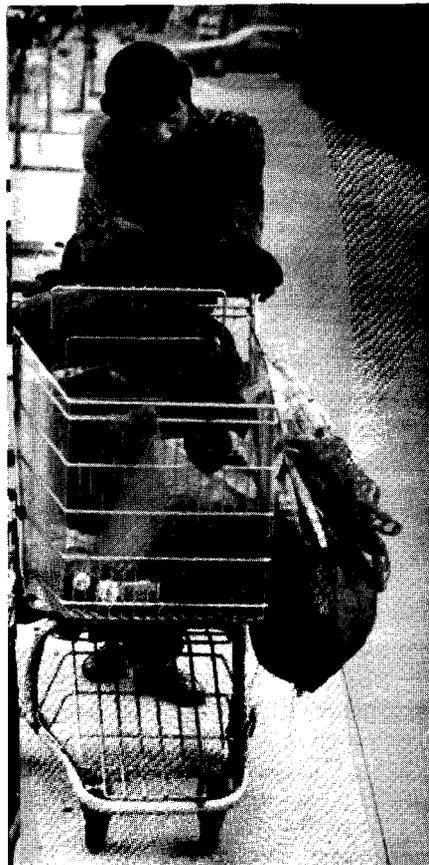
Los efectos de un sismo en Japón son muy diferentes a los que se presentan en Chile. Las inundaciones provocadas por temporales de viento y lluvia destruyen más en un barrio que en otro de una misma ciudad. Del mismo modo sucede con las sequías. Sus efectos nocivos pueden aminorarse, dado que estos fenómenos pueden preverse y, por lo tanto, la sociedad está en condiciones de adoptar medidas que atenuen sus consecuencias.

Las calamidades naturales suelen desnudar los grados de preparación en que se encuentra un país para enfrentar los embates de la naturaleza. Es común aludir a los estados económicos de un país, pero tras estos se encuentran los criterios políticos que determinan la elección entre diferentes opciones de desarrollo socio-económico. Además, en la mayor o menor prevención de la sociedad, incide el desarrollo cultural de la población y, sobre todo, los estados de conciencia social sobre los fenómenos como los mencionados.

En definitiva, una sociedad se defenderá con mayor o menor eficacia dependiendo del valor que se le asigne a la

vida humana. En efecto, las consecuencias producidas por los desastres naturales dependen en gran medida del hombre mismo; de sus valores que impregnan las formas de desarrollo y organización de los diferentes ámbitos que comprometen su existencia.

Esta visión, muy parcialmente considerada en el presente, era impensable en siglos pasados.



Pobreza y desastres van unidos

LAS IRAS DE LA DIVINIDAD

A los 106 años de la fundación de Santiago, la capital fue destruida por un terremoto el 13 de mayo de 1647, a las 10.30 de la noche, cuando los miles de habitantes se habían recogido a sus hogares. "Un ruido y sacudimiento extraordinario sobrevino. Duró el espacio de "cuatro credos" o "medio cuarto de hora", según el Obispo Gaspar

de Villarroel. Las torres de las iglesias fueron las primeras que se rindieron a su fuerza. Todas las casas, con rarísimas excepciones, quedaron convertidas en montones de escombros que atestaban los sitios. Grandes peñascos se desprendieron del cerro Santa Lucía (elevación en el interior de la ciudad)...", relata el cronista.

El Procurador General, Martín de Muxica cuenta: "no he podido echar de mí el horror en que me ha puesto este estruendo y pocas veces visto castigo de la poderosa mano de Dios, a que tanto ayudó la gravedad de mis innumerables culpas...". Por su parte, la población, desesperada, prorrumpía en un coro de lamentos y de súplicas hacia el cielo: imploraban misericordia divina; confesaban a gritos sus pecados, llamaban a sus deudos, sin recibir respuestas. El pueblo en procesión se laceraba como un modo de escarmentar sus pecados y aplacar la cólera del Todopoderoso.

Murieron más de 600 personas. La tierra tembló continuamente, ocho veces aquella noche y después, todos los días hasta el 10. de junio, según consta en las actas del Cabildo. Las autoridades escribían a España en busca de ayuda: "suplico humildemente a Vuestra Majestad se sirva aliviarnos de las alcabalas, almojarifargos, papel sellado, unión de armas...". El Procurador explicaba que la exención de impuestos era imprescindible, pues "si ello no ocurriese no podrían, ni tendrán ánimo ni caudal para reedificar la ciudad, antes se despoblará, procurando irse a otras partes donde con más comodidad puedan pasar la vida".

A las catástrofes, como el terremoto, la gente le atribuía causas divinas fruto de los pecados cometidos por cada individuo. Para el Obispo los fines de estos cataclismos eran ocultos a los hombres. Las autoridades solicitaban ayuda a la Corona española, sin embargo desde allende los mares poca atención prestaban a las súplicas de sus provincias remotas. Una lenta reconstrucción se iniciaba.

Pablo Portales, chileno. Comunicador Social, ex-presidente del Colegio Metropolitano de Periodistas de Santiago de Chile.

LA MAGIA Y LA CIENCIA

Chile es reconocido por sus terremotos. Más de cuarenta, de diferentes magnitudes, han ocurrido durante el presente siglo... Otras de las calamidades que se producen son: inundaciones, sequías, grandes incendios urbanos y forestales, aluviones, erupciones volcánicas, maremotos y epidemias.

Actualmente, pocos se atreverían a adjudicarle a Dios la responsabilidad de estos desastres, ni tampoco que estos se produjeran como un castigo divino ante la malignidad humana. No obstante, muchos son los que al sacudirse la tierra dirigen sus miradas hacia el cielo en señal de clemencia.

En el siglo XVII, estos desastres estaban marcados por la fatalidad. La actitud de la población fue reconciliarse con los enemistados: entre el 14 de mayo y el 9 de junio de 1647, se regularon 200 matrimonios, señalan los cronistas. Era la forma cultural que evitaría la continuación del desastre.

Esta actitud mágica frente a los terremotos se prolongará hasta fines del siglo pasado. Muy lentamente, los conocimientos científicos fueron divulgados a través de los diarios. En el terre-

moto de 1906 estaba en boga la teoría de Cooper. Esta decía que las conjunciones de los grandes planetas con la luna producen grandes temporales o movimientos de tierra. Por otra parte, por primera vez un Presidente de la República acudía al lugar del sismo: Valparaíso, uno de los principales puertos de las costas del Pacífico. En la oportunidad, el Primer Mandatario resolvió tomar algunas medidas de carácter administrativo, apoyado en una serie de informaciones provenientes de Italia. En dicho país existía experiencia en construcciones sísmicas.

Veintidos años después en 1928, luego del terremoto de Talca, ciudad a 250 kilómetros de Santiago, se impartieron las primeras ordenanzas de edificaciones sísmicas.

LAS ENERGIAS DE LA HUMANIDAD

Los medios de comunicación cobran una importancia decisiva en el terremoto del 24 de enero de 1939, en Chillán, ciudad a 350 kilómetros de Santiago. Fue el primer movimiento telúrico que azotó a cuatro provincias del país. Su poder destructivo fue inmenso. Alrededor de cinco mil personas murieron. No más de 10 edificaciones

quedaron en pie, con daños menores. El fenómeno ocurrió a las 11 de la noche. El enviado especial de la revista *Ercilla* relataba: "la entrada a la ciudad ofrecía el aspecto más doloroso que pueda imaginar la retina del hombre".

Los diarios de la época lograron registrar la información a la mañana siguiente, pero fue al otro día cuando desplegaron páginas donde se daban a conocer diversos pormenores de la tragedia. En los locales de los diarios se agolpaban los santiaguinos para inquirir detalles sobre el fenómeno. En el diario *El Mercurio*, comunicado por radio con la zona devastada, se atendieron 8 mil pedidos acerca del paradero de algún familiar.

Los radioaficionados prestaron una colaboración extraordinaria. Fue el único contacto con el dolor humano. Entregaron las primeras informaciones sobre la catástrofe. De Pailahueque, apartada localidad rural, una persona logró establecer comunicación con un familiar radicado en Berlín. Lo hizo a través de un radioaficionado de la ciudad sureña de Loncoche. Este se contactó con un colega de Santiago, el que transmitió el mensaje hacia Alemania.



Las catástrofes evidencian la falta de preparación civil

El transporte aéreo hizo su estreno como vehículo de la solidaridad humana nacional e internacional. Por este medio fue posible darse cuenta a horas de producida la catástrofe, de su magnitud. La información corrió rápido y del mismo modo la ayuda.

Chile vivía momentos especiales. Hacía dos meses que resultaba elegido Presidente de la República el abanderado del Frente Popular, en una estrecha votación sobre el candidato de la derecha. El pueblo vivía momentos de euforia. Ante la tragedia, brotó con vigor una energía pletórica en humanidad. Brigadas de voluntarios se desplazaron hacia los lugares afectados. Eran enormes. Una corriente espontánea se hizo de las ciudades terremoteadas; luego el Ejército le dio una arquitectura orgánica al esfuerzo improvisado del minuto inicial.

El país entero estaba conmovido. El periódico que había sido uno de los sostenes del candidato derrotado meses antes, llamaba a establecer "una estrecha adhesión con las autoridades", dado que la catástrofe "probación que la Divina Providencia ha reservado al pueblo chileno es de una magnitud y de una profundidad extraordinaria", invitaba a una "unidad sagrada" que hiciera abstracción de las diferencias,

sea por intereses políticos o privados.

Los medios informativos comunicaron al país y prestaron un servicio decisivo para la movilización de la ayuda. Fue un factor de cohesión entre chilenos de diferentes clases sociales. Además anticiparon que la destrucción demandaría ingentes esfuerzos económicos de parte de la población, para iniciar la reconstrucción. Las características del terremoto influyeron favorablemente a la creación de las condiciones para la industrialización del país. Meses más tarde, el Congreso Nacional aprobaba una ley de gran estímulo para el desarrollo nacional.

Los medios de comunicación pronto dejaron de entregar informaciones sobre las secuelas del terremoto y las necesidades que, por prolongado tiempo, requeriría la población damnificada. La muerte del Papa Pío XI, en febrero, eclipsó el terremoto como noticia. Después, no sería respuesta.

LA AUTODEFENSA CIVIL

La preocupación sobre las catástrofes es reciente. No data más allá de cincuenta años. La destrucción ocasionada por la Segunda Guerra Mundial generó la necesidad por ocuparse de la protección civil, aún más, cuando ensiguada sobrevinieron las tensiones propias de la Guerra Fría. Las dos superpo-

tencias contaban con la capacidad destructora del poder atómico. Los bombardeos sobre las ciudades de Hamburgo y Rotterdam tuvieron una fuerza destructora equivalente a 25 terremotos ininterrumpidos.

Las circunstancias de la Segunda Guerra obligaron a la población civil a asumir por sí mismos las tareas de defensa y protección. Este fenómeno en nuestros países es desconocido.

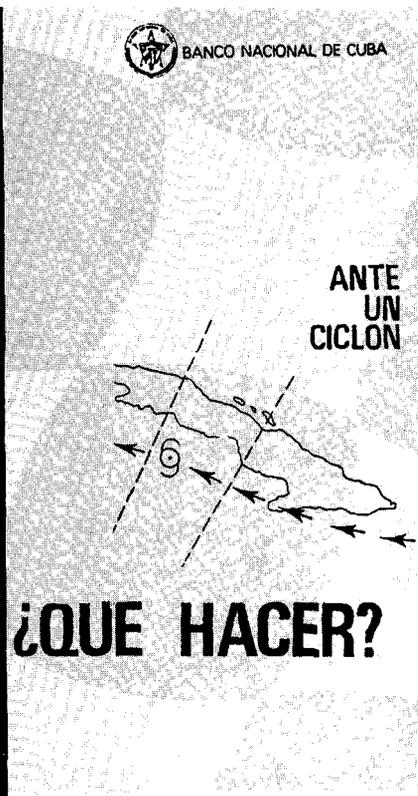
Los medios de comunicación conciben a la civilidad damnificada como meramente víctimas y, por lo tanto, incapacitada material o anímicamente de cumplir un rol protagónico en la resolución de sus propios problemas. Se espera que la autoridad, con sus recursos materiales y humanos, sea el ente "todopoderoso" que resuelva las dificultades. Todos dirigen la mirada hacia ella, como hacia el cielo. Los medios informativos si bien en un comienzo observan la situación vivida por las personas damnificadas, luego quedan fijados con la autoridad, olvidando las potencialidades de la organización civil. Esta, en las áreas afectadas, puede, activamente, cumplir tareas como las de remover escombros y distribuir la ayuda proveniente de fuera de la zona devastada, y participar en los planes de reconstrucción y protección civil.

El medio de comunicación sobreprotege al damnificado en vez de motivarlo a que asuma responsabilidades en su propio provecho. Con tal actitud, el periodismo está contribuyendo a fortalecer una conciencia pasiva que tiende a esperarlo todo del Estado o de la ayuda particular.

También, el periodismo no ha prestado suficiente atención a los aspectos preventivos. Ante toda catástrofe es posible estar preparados, pero ello requiere de una conciencia colectiva que movilice a la población. Esta puede demandar la cooperación del Estado y de las empresas —públicas y privadas— para organizar las medidas que neutralicen o aminoren los efectos ocasionados por los fenómenos naturales. Por su parte, los Estados son reacios a adoptar políticas de seguridad de la población civil que signifiquen inversiones. Ante las inminentes sequías, la autoridad prefiere que no sea anunciada para evitar presiones que impliquen gastos. Han habido epidemias recientes que pasaron desapercibidas por la población. Se ha enclaustrado la información con el fin de no mostrar debilidades y ser criticados por falta de previsión.



Deben producirse más folletos y manuales sobre defensa civil





El periodista es parte de la defensa civil

EL PERIODISTA EN EL FRENTE

Las catástrofes en nuestros países están cruzadas por intereses políticos y económicos. Si se detecta la posibilidad de que acontezca una erupción volcánica en las cercanías de un sitio turístico, la autoridad local intentará que no se hable del asunto, dada la proximidad de la temporada de vacaciones. Lo mismo sucederá si la sequía amenazara la región de un lago de atracción turística.

Estos factores probablemente condicionarán la información de un medio de comunicación. Con todo, el periodista debe introducirse en el fenómeno. Si en un terremoto, por ejemplo, el periodista buscara versiones de diversas procedencias, además de registrar la información oficial, estaría en mejores condiciones para comunicar con fidelidad, que aquel que se limita y conforma con presentar una yuxtaposición de dos o tres datos parciales sobre los acontecimientos.

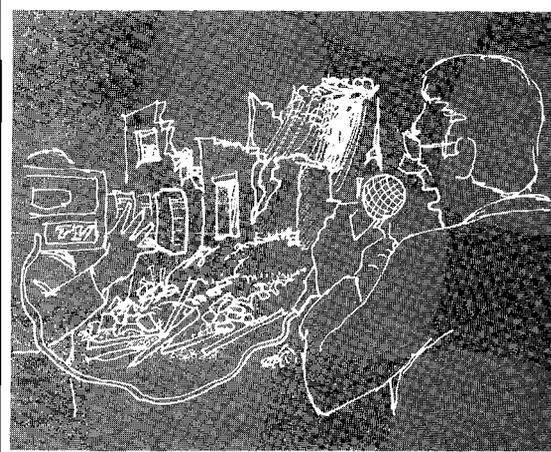
Es común escuchar que el periodista no debe involucrarse en los hechos que investiga o reporta, que no debe vibrar con lo que está viendo o escuchando. Se dice que debe guardar una distancia emocional frente a la realidad que palpa. Así se mantendrá objetivo. Sin embargo, participar emocionalmente de la realidad, aún si está colmada de dramatismo, es un camino para transmitir lo que está sucediendo por dentro de la persona o de la comunidad afectada. Esta actitud lo motivará a buscar novedades que no

se encuentran en la superficie. En el terremoto del año 1960, que afectó a 13 provincias del sur de Chile, el gobierno de la época fue parco con la información. Pese a todo los periodistas concurren al lugar. Uno de ellos logró es-

tablecer comunicación radial con la capital, lo que significó que se conocieran una serie de hechos desconocidos por la sociedad, incomodando sobremedida a la autoridad.

El periodismo es un medio para abrir debates sobre diversos temas que importan a la población. La protección civil es una área escasamente debatida en nuestros países. Los medios de comunicación podrían periódicamente abordar los mecanismos de defensa con que la sociedad cuenta para enfrentar catástrofes naturales. A su vez, los periodistas debieran adquirir un conocimiento sistemático acerca de la naturaleza de los desastres y las alternativas para encararlas.

Los medios de comunicación, como instrumentos de bien social, debieran adoptar una actitud de entrega en la defensa de la vida. Ello exige asumir integralmente los fenómenos que la amenazan y relegar las presiones de entes públicos o privados incapaces de ver más allá del interés egoísta. ■



Terremoto

El terremoto de Chile del 3 de marzo de 1985, tuvo 7.8 grados en la escala de Richter en su epicentro, cerca del poblado de Algarrobo. Afectó más de 1.600 kilómetros a lo largo de la costa, al Norte y Sur de Santiago. Cerca de 150.000 personas quedaron sin hogar, 2.000 quedaron heridas y, por lo menos, 177 murieron. El terremoto paralizó las comunicaciones, dañó 60.000 edificios y rompió las tuberías de agua más importantes de Santiago. Fuera de las informaciones iniciales, hubo muy poca cobertura del desastre. Hubo necesidad de proveer información a los medios de comunicación acerca de la crisis; aparentemente, ellos no pensaban que su audiencia estaba interesada. Esta falta de información en los medios obstaculizó los esfuerzos de ayuda.